

La comadre Sebastiana

Versión de Rodolfo Anaya



Éste era un hombre pobre. Su mantención era traer leña del ejido de la merced para vender en la ciudad. El día que podía vender leña, comía él y su familia. El día que no podía, aguantaban sin comer. Asina estuvo viviendo por mucho tiempo, por donde hubo un día que le dio mucha hambre y decidió robarle una gallina a su mujer. Se fue al gallinero y sacó una gallina y la mató. Entonces salió para el monte, hizo lumbre y puso la gallina a asar. El leñero estaba preparando el pollo, echándole picantes y sabroseando el caldo cuando de repente sintió a alguien arrimándose a donde estaba él, y pensó, --¡Válgame Dios! ¿Qué nunca podré comer solo? Pero no lo voy a llamar a comer.

--¿Cómo le va, amigo?-- le dijo el hombre cuando llegó.

--¿Qué húbole amigo? ¿Quién es usted?

--Pues yo soy el Señor Dios. ¿Qué no me da de comer?

--No, no le doy de comer a usted, porque usted hace menosprecio. A los ricos les da mucho y a los pobres no les da nada. No nos trata a todos iguales.

Se fue el Señor muy triste. A poco rato vido venir a otra persona y era María Santísima.

--¿Cómo le va, amigo?--le dijo ella cuando llegó.

--¿Qué húbole amiga? ¿Quién es usted?

--Pues yo soy María Santísima. ¿Qué no me da de comer?

--No, no le doy de comer a usted, porque su hijo hace menosprecio. Siendo usted la madre de Jesucristo, ¿por qué no intercede con su hijo, para que nos haga a todos iguales, o a todos ricos, o a todos pobres: No que a unos los hace muy ricos y a otros los hace muy pobres, y yo soy uno de los pobres. No la convido con mi pollo.

Cuando se fue María Santísima, un poco rato vido venir a otra persona; era la muerte.

--¿Cómo le va, amigo?-- le dijo ella cuando llegó.

--¿Qué húbole amiga? ¿Quién es usted?

--Yo soy la muerte. ¿Qué no me da de comer?

--Pues si usted es la muerte, está muy flaca. A usted sí la convido porque usted hace sus cosas muy bien hechas. Usted no separa al millonario por rico, ni al pobre por pobre, ni al lindo por lindo, ni al fiero por fiero, ni al viejo por viejo, ni al muchacho por muchacho. A todos se los lleva iguales.

Bueno, cuando ya acabaron de comerse la gallina, le dijo la muerte que pidiera merced, y él dijo:

--Señora, ¿qué merced quiere que pida? Si usted quiere darme merced, deme lo que a usted le nazca.

--Pues voy a darte la merced de que seas curandero. Pero te voy a advertir una cosa, que cuando tú vayas a curar a un enfermo y me veas a la cabecera, no lo cures aunque te paguen lo que te pagaren, te prometan lo que te prometieren. No lo cures. Ya ése no tiene más remedio que morir. Ya está llamado de Dios. Y si me ves en los pies, cúralo con agua, tierra o polvo. Se levantará güeno y sano. Pero si me ves a la cabecera, no te atrevas a curarlo aunque te prometan lo que te prometieren.

Él estuvo curando a muchos enfermos y le había ido muy bien; curaba con los santos remedios y la gente le pagaba bien con comida y otros bienes. El último que curó fue a un rey, el más rico que había en todo el mundo. Ahí quebrantó el mandado que le había advertido la muerte. Cuando entró él a la casa donde estaba el rico, encontró a la muerte en la cabecera de la cama del enfermo. Él la agarró y la estuvo atarantando en una cuna hasta que la puso en los pies de la cama y ahí se quedó aburrida. Entonces curó al rey.

Cuando volvía en el camino, le salió la muerte al curandero y le dijo que había desobedecido el mandado que le había advertido antes.

--No te dije que no curaras cuando estaba en la cabecera?

Y lo metió para un cuarto y le enseñó dos velas; una de las velas ya se iba acabando, y la otra estaba muy larga.

--¿Ves esta vela? La grande eras tú y la chiquita el enfermo. Ahora tú eres la chiquita y el enfermo es la grande.

En ese momento, la llama de la vela chiquita se apagó, y otra alma fue a unirse con las otras en la carreta de la Comadre Sebastiana, caminando despacito para la eternidad.

De «Sendas Literarias», de Barraza y Walqui